

crispadas?, ¿por qué tocan el gong, que por cierto suena como un cartón?, ¿por qué el soldado que viene a delatar a Antigona tiene que ir a los cuatro postes antes de encontrar a Creón?, ¿y el agua y una especie de sope, qué significan?, ¿es que iban a enterrarla con agua y un sope? O es uno realista o es uno ritual, pero las dos cosas al mismo tiempo son nauseabundas.

En cuanto al alejamiento, que consiste principalmente en que un actor en vez de estar poseído por el personaje lo

está observando y criticando, bien convendría hacer lo que hacía siempre Brecht, que era tomar fotos de la representación y enseñárselas a los actores; estoy seguro de que pondrían otras caras. Después de la pedantería del programa, de que "el espectador no debe emocionarse demasiado para que no pierda su necesaria autonomía", salen todos con cara de "no voy a dejarme sumergir en este mar de emoción". ¿Qué se están creyendo?, ¿que ayer nos contaron *Capercita roja* por primera vez?

muestra tan definidamente el talento de Melo para trascender la realidad, que nada les piden a los dos mencionados en primer lugar si no es esa mayor exigencia que hemos apuntado más arriba.

CALIFICACIÓN: Muy bueno.

—F. A.

REFERENCIA: Alfred Von Martin, *Sociología del Renacimiento*. Traducción de Manuel Pedroso. Colección Popular, 40. Fondo de Cultura Económica. México, 1962. 132 pp.

EXAMEN: El autor afirma que su ensayo es el primero que pretende abarcar toda una época concreta mediante un estudio sociológico, y se propone descubrir la realidad social que enmarcaba la cultura renacentista de Italia, y considera que en el Renacimiento se encontraban las bases de nuestra sociedad actual, capitalista y burguesa.

Durante la Edad Media la sociedad se basaba en un orden rígidamente establecido; nadie podía salirse (ni las clases dominantes: la nobleza y el clero) del sitio que le había tocado ocupar por nacimiento. Sin embargo, en el Renacimiento surgió una burguesía que rompió con la tradición medieval y causó numerosos cambios en el ambiente social.

En el Renacimiento, la burguesía mediante el poder del dinero, igualó en influencia a la aristocracia; pero no trató de destruirla, sino de asimilarse a ella y de adoptar sus gustos y costumbres; por su parte, la aristocracia se convirtió en imitadora del espíritu comercial de los burgueses; finalmente las dos clases se mezclaron y formaron una nueva clase dirigente.

En el terreno del espíritu también la burguesía logró imponer su criterio. En el Renacimiento, la educación se orientó hacia el humanismo (concreto), y la escolástica (abstracta) se reservó para la Iglesia; y mientras se despreciaba la metafísica, nació el interés por las ciencias naturales y por la técnica que ayudaría a dominar a la naturaleza. La ciencia influía mucho en el arte; por otro lado, éste dejó de ser privilegio de la aristocracia para ponerse al servicio de los ciudadanos; en cambio, la artesanía de carácter comunal perdió importancia.

La pujante burguesía del Renacimiento se atrevió a tomar los riesgos necesarios para alcanzar el poder y la riqueza; pero cuando logró sus finalidades, el nuevo rumbo fue buscar la seguridad política y económica; en adelante se procuraron las inversiones conservadoras y sin riesgos, y la política también tendió a estabilizarse.

Según Alfred Von Martin, la Iglesia Católica, que durante la Edad Media había apoyado y contribuido a la inmovilidad social, más tarde, en el Renacimiento, adaptándose a las circunstancias, defendió la libre iniciativa y declaró permitida la actividad mercantil, siempre que no fuera inmoderado su afán de lucro; más aún, la Iglesia terminó por adoptar el lujo y la inmoralidad que reinaba en las altas esferas de la sociedad, lo que produjo la Reforma, y luego la Contrarreforma.

CALIFICACIÓN: Bueno.

—C. V.

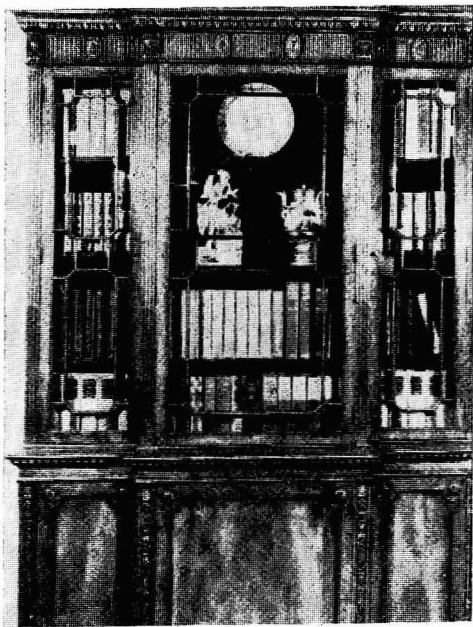
LOS LIBROS ABIERTOS

REFERENCIA: Juan Vicente Melo, *Los muros enemigos*. Universidad Veracruzana, México, 1962. 133 pp.

NOTICIA: Es el segundo libro de cuentos de Juan Vicente Melo. Como todo escritor que se respeta quiere olvidarse lo más pronto posible del primero. Es colaborador —tanto en el terreno de la crítica musical como en el de la ficción literaria— de nuestras principales revistas. Abandonó la profesión de la medicina, después de doctorarse en París, llevado de su vocación literaria.

EXAMEN: Estos sorprendentes cuentos de Melo, animados de una rica sensibilidad, indagadores de nuevas y misteriosas dimensiones de la vida cotidiana, parecen tener el mágico poder de descifrar el lenguaje del silencio, de descubrir el temblor de ciertas soledades, de animar y dar sentido a las horas del día, a las gotas de la lluvia, a los colores y a los olores viejos. Si adoptamos esquemas ya empolvados diremos que son cuentos no-realistas, "paisajes del alma", subjetivismo literario; con término más al día, pero que empieza ya también a engualdraparse, acertaríamos más enmarcándolos en ese "realismo mágico" que está haciendo fortuna. Y podríamos precisar su tono literario si apuntamos que no son lecturas españolas e hispanoamericanas las que orientan a Melo, sino francesas (Alain-Fournier, Julien Green...). Pero creo que todavía nos quedaríamos a medio camino. Hay aquí un moroso y amoroso acercamiento hacia una realidad que se sabe escondida; una curiosidad intrigada ante el árbol, la calle, una frase no olvidada, un nombre, un ser que pasa. Son cuentos que experimentan con una sustancia trémula, sorprendida en fogonazos de pasajera lucidez, y así revelada; Melo parece escribir en trance. Y no cae, sin embargo, en la abstracción; lo concreto se manifiesta intensamente (esa banda de música que desafina siempre en el mismo pasaje) y es esa tensión misteriosa de lo concreto la que ambienta todo el libro. No es, pues, la suya, una observación puramente naturalista, exterior, impasible; él bucea parsimoniosamente, araña la superficie de las cosas, siempre a la expectativa del hallazgo súbito, impresionista, hermético. Y el hallazgo viene atado a la palabra, es la palabra misma; el Verbo: he aquí el principio de todas las cosas; filosofía igual a filología, continente igual a contenido: arte, en una palabra. Pero en esta virtud está tam-

bién el defecto de los cuentos de Juan Vicente Melo; porque en la revelación (a veces dolorosa, a veces hedonista, a veces —morbosamente— ambas cosas) del hallazgo entrevisto, en el deseo de fijarlo, de saborearlo, de prolongar su instantaneidad, Melo pierde en ocasiones la medida y se deja avasallar por ese Verbo que dominado es virtud, y dominante defecto. Pero en este ocasional señorio del lenguaje no siempre hay "modernismo", esteticismo, evasión; hay también, a mi juicio, desazón ante la insuficiencia de la palabra, merecedora entonces de los famosos insultos de Octavio Paz. Coincido, pues, en parte, con Juan García Ponce cuando dice que "algunas veces, Melo se deja llevar excesivamente por el puro ritmo del lenguaje y deja que éste se le escape y resulte un



tanto gratuito"; y deduzco, a diferencia de él, que en Melo no hay todavía madurez, aunque se adivina. En la propia rebeldía sintáctica hay vacilación; junto a la riqueza expresiva y la imaginación poderosa, se siente a ratos la mano todavía no hecha, no segura. Pero ello es lógico en este que es, en realidad su primer libro; el trabajo hará el resto. Y Melo trabaja mucho. García Ponce hace una selección que compartimos: en efecto, "Música de cámara" y "Los amigos" son los mejores cuentos de este volumen porque en ellos es el autor quien mete en cintura a la palabra. Pero en los otros tres (sobre todo en "Los muros enemigos" y en "Cihuatéotl") se